
CAPÍTULO IX.

Dos millones de reales que caen por la chimenea.

Suelen observarse en los climas meridionales vigorosos contrastes de luz y de sombra, de resplandeciente alegría y de triste oscuridad, de tormenta y de calma.

Alguna vez se ve el cielo al mismo tiempo enojado y risueño, como indeciso entre la tormenta que se adelanta ó se disipa, y la claridad deslumbradora del día que rebasa las nubes ó las rasga, brillando al traves de las tempestades, como el semblante de un niño que sonríe al mismo tiempo que llora.

Tal fué el aspecto de luz y de sombra, de tristeza y de alegría, de tempestad y de calma que el insigne Alejandro, conocido con el mote de Matusalem en los verídicos fastos de la presente historia, encontró en el

semblante de Miguel al volver descorazonado de la casa de nuestro antiguo conocido A. Gil y Agudo.

Se encontraba Miguel como lo hemos visto en otra ocasion reciente, esto es, tendido majestuosamente sobre el divan de su gabinete, lanzando al espacio bocanadas de humo, que se disipaban en el aire ántes de llegar á los artesones del techo, del mismo modo que se desvanecen las esperanzas de los desgraciados.

Recibió á su amigo con boca risueña y arrugado entrecejo, y lo dejó sentarse sin decirle una palabra, so pretexto de dar salida á una copiosa bocanada de humo, la cual no le impidió, sin embargo, sonreirse.

Su actitud podia ser la del hombre que se cruza de brazos y se entrega á las eventualidades de la suerte, ó la del que descansa gloriosamente despues de haber recogido los laureles de la victoria en una tremenda lucha.

En la mano con que sostenia la boquilla de espuma de mar en que fumaba, se advertia un pormenor insignificante, á saber: ajus-

tada al dedo meñique como una sortija de hierro, daba vueltas una pequeña llave, que sería probablemente la llave de su gabeta.

Conociendo su situacion, no era absurdo suponer que hubiera hecho un arqueo para saber á punto cierto los fondos con que podia contar.

Sea lo que quiera, Matusalem no reparó en ello, y tan silencioso como su amigo, fué á sentarse en un rincón del gabinete.

—¿Huyes de mí? le dijo Miguel, lo cual me parece de malísimo agüero. ¡Pobre Matusalem!..... has experimentado algun terrible desengaño, y afligido, macilento, te retiras al último rincón de la tierra. Vamos, cuéntame tus penas, y acaso pueda yo consolarte, y si no lo consigo, quiere decir que lloraremos juntos nuestra desgracia.

—En el mundo, exclamó Matusalem, todo es mentira; hasta el dinero, que es lo único positivo que se encuentra en la vida, nos engaña con falaces apariencias.

—Malo, malo, gritó Miguel. Esas palabras, llenas de cruel sabiduría, me anuncian una catástrofe. Te he visto taciturno y he

temblado; te veo filósofo y estoy á punto de desmayarme.

— Puesto que te encuentras tan bien preparado para sufrir con ánimo sereno las impertinencias de la suerte, no vacilaré en decirte que acabo de llevarme un solemne chasco; creí que habia en el mundo más dinero que el que parece; pero aquí me tienes, que vuelvo á tu casa sin haber podido encontrar dos miserables millones.

— ¡Horror!..... exclamó Miguel con expresión melodramática..... estamos perdidos; y digo estamos, porque observo que el sentimiento de mi ruina te va á costar caro.

Matusalem lanzó un suspiro.

— No avances tanto en tu pena, añadió Miguel. Tú eres un hombre de orden y no debes alterar el método; aún no es tiempo de que suspires; sino, me vas á hacer el efecto de esas actrices que empiezan á llorar en la primera escena la desgracia que les ha de suceder en el último acto.

— No sé qué mayor desgracia pueda ocurrir que no tener el dinero que se necesita, y si es así, estamos en el último; acto, esto es,

en la catástrofe; déjame, pues, que suspire.

— Bien, suspira cuanto quieras; te lo consiento; algun respeto merece la parte que te tomas en mi desgracia. ¡Ay, Matusalem, lo que vas á perder con mi ruina!

— ¡Yo!..... exclamó éste sorprendido; ¿qué puedo yo perder con que tú te arruines?

— Mucho.

— Nada.

— Piénsalo bien y verás.

— Te juro que me es indiferente tu ruina.

— Imposible.

— ¿Por qué? preguntó Matusalem con curiosidad algo alarmada.

— Óyeme, porque voy á pintarte el cuadro pavoroso que se nos presenta; yo estoy en primer término y tú estás en el fondo.

— Habla, que ya te escucho.

— Pues mira: mañana convoco á mis afortunados acreedores, les abro de par en par mi gabeta, les presento el inventario de todo cuanto poseo, y les digo: «Señores, no me negarán ustedes el deseo, el vivo deseo de poseer en este instante los tesoros de Creso,

y reconocerán la pena que experimento al ver que no los tengo á la mano. Pues bien, calculen ustedes cuál será mi sentimiento al encontrarme en la necesidad de decirles que toda mi fortuna no alcanza á llenar la medida de mi desgracia. Creo, por lo tanto, que se repartirán ustedes amigablemente lo que hay, conviniendo en que si ustedes no han ganado mucho, yo lo he perdido todo, y todo es más que mucho.» Claro es que se quedarán convencidos, no tanto por la fuerza de mis palabras como por la fuerza de los números. Hecho esto, doy media vuelta y los dejo en mi casa, es decir, en su casa, y me voy al campo del Moro á tomar el sol, que no cuesta dinero, y á respirar el aire, que corre *gratis*, con las manos metidas en los bolsillos para llevar algo en ellos. Despues, no teniendo sobre qué caerme muerto, ajusto mis cuentas y me cuelgo de un pino.

—Eso es atroz, dijo Matusalem con ojos espantados.

—¿Te parece atroz? pues bien, no te horrorices; renuncio á colgarme de un pino; sepulto en el último rincon de la memoria mi

pasada prosperidad, y vuelvo á ser el que era ántes; aquel personaje terrible, cuya presencia te hacia temblar; aquel tierno amigo que te abrazaba inesperadamente al volver una esquina..... aquella sombra que colgaba á tu espalda el cartel de tu nombre, anunciando al mundo tu inmortalidad. Volveré á ser el mismo..... dentro de aquel gaban que era tu espanto..... debajo de aquel sombrero que encendia tu enojo y helaba tu sangre; ¿te acuerdas?

—¡Oh! exclamó Matusalem inquieto; eso no es posible, eso no es posible.

—Pues mira, replicó Miguel, entónces era más dichoso.

Semejante desatino hirió fuertemente el espíritu positivo de Matusalem, y levantándose por un sacudimiento repentino de sus nervios, puso el dedo en la frente de Miguel y le dijo:

—Estás loco, estás loco.

Éste se desprendió de una bocanada de humo para reirse con todo desembarazo, y el otro prosiguió:

—Loco, loco rematado..... Tenías el jui-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

cio pegado á tus millones, y tambien lo has jugado á la baja..... puedes decir que la paz de Europa te cuesta la cabeza. Así se nublan los más brillantes destinos. Guillen tiene mucha razon cuando asegura que posees un gran talento, completamente imbécil..... No me cabe duda, pararás en un manicomio.

Estas palabras fueron gradualmente apagando la risa en los labios de Miguel, y las últimas la extinguieron del todo, oscureciéndose su semblante de improviso. Entónces se enderezó sobre el divan en que estaba tendido, y replicó diciendo :

—Tienes razon, viejo maldito; hace mucho tiempo que perdí el juicio. Yo vivia dichoso en las alturas de un cuarto piso, indiferente al mundo, del cual me reia persiguiendo tu vanidad y avergonzando tu desvergüenza. La señora Gertrúdis adivinaba mis pensamientos, me sonreia y me regañaba; siempre estábamos riendo, pero siempre estábamos contentos. Era mi ayuda de cámara, mi cocinera, mi planchadora, mi costurera. Algunas veces pensando en esto he

llegado á pensar si el alma de mi madre estaria dentro de aquella mujer. Vamos, me parece un sueño. Desde aquel cuarto tan alto, que casi tocaba al cielo, vi un ángel..... No te rias, Matusalem; vi á Magdalena; ¡qué mirada tan inocente!..... ¡qué sonrisa tan dulce! llenó mi alma y te olvidé; ya no sentia placer en perseguirte; el amor se sobrepuso al ódio; ¡qué más? olvidé hasta mi sueño favorito, mi sueño de cazar leones. Vamos, te digo que era dichoso, muy dichoso.

Matusalem se dejó caer sobre el asiento que un momento ántes habia abandonado, como si lo que su amigo acababa de decir lo hubiera tirado de espaldas. Éste prosiguió diciendo :

—Era dichoso, muy dichoso; pero mordí el fruto maldito..... tu execrable manzana de oro, y perdí el juicio..... ¡Ah Duque, Duque! añadió apretando los puños; mas, serenándose de pronto, siguió hablando con voz tranquila. Lo perdí todo, todo..... pues to que perdí el amor y la conciencia. Magdalena seducida y yo engañado. Llegué has-

ta las mismas puertas del suicidio, y mira tú qué cosa: por no poner en duda mi honra sacrifiqué mi honradez. Así empezó mi carrera triunfal en el mundo.

Encogióse de hombros Matusalem, creyendo que real y verdaderamente Miguel se habia vuelto loco.

—Hay criminales, prosiguió diciendo, que no van nunca á presidio, porque nunca traspasan los límites del Código penal. Disponen de espacioso terreno para consumir sus fechorías, porque en salvando la accion precisa de las leyes que procesan, encarcelan y confinan, todo lo creen lícito y todo lo hacen. Tú, miserable, tú mismo has salido de aquí hace dos horas á robar dos millones que yo necesito. Saltas en la butaca como si te hubiera mordido una víbora. No temas, tranquilízate, no irás á presidio; el Código no tiene nada que ver contigo. Has ido á proponer un negocio, á levantar un empréstito sobre la garantía de una firma puesta al pié de una carta confidencial, la firma de una mujer, de una rica heredera, que al estamparla sobre el papel en el abandono de una

loca confianza, no podia presumir que habia de negociarse por dos millones de reales..... Aquí tienes una doble infamia, de que tú y yo somos autores.

Alzó Matusalem la mano pidiendo espacio para replicar, y dijo:

—Oye un instante y reprimirás el ímpetu de tus ridículos remordimientos..... el negocio no se ha hecho. El Sr. Agudo se ha negado redondamente á ser nuestro cómplice.

—¡El Sr. Agudo!..... exclamó Miguel soltando la carcajada..... Lo comprendo; ha tenido bastante conciencia para no exponer dos millones de reales á las contingencias de un mal éxito..... Y sin embargo, ¡qué ingratitud! el Sr. Agudo me debe su fortuna.

Al oír la última exclamacion, sintió Matusalem que se llenaba la medida de su sospecha. No habia duda, Miguel estaba rematadamente loco; cosa bien triste, porque el trastorno de aquella cabeza trastornaba todos sus planes. La mano de la Marquesa se le escapaba por segunda vez. Aquel loco ya no le servia de nada; el instrumento se rompía

en sus manos precisamente cuando iba á dar el golpe decisivo.

—Sí, sí, murmuró con profundo desaliento; es una ingratitud abominable, y me parece que no te queda más recurso que colgarte de un pino ó encaramarte de nuevo en el cuchitril de tu bohardilla. Y si quieres saber mi opinion, te diré que lo primero me parece más breve para salir pronto del paso.

—No, replicó Miguel; no quiero causar ese sentimiento á mis amigos; á tí sobre todo; á tí, cuyo tierno corazón no podría soportar el dolor que le ocasionaria mi muerte. Pero no te asustes, sosiégate, porque tampoco pienso volver á encaramarme en el cuchitril de mi bohardilla. Es tarde para eso; ya no encontraria allí la felicidad que me dejé olvidada. Mi corazón está envenenado, y acibarada mi alma. No, no; aquellas paredes desnudas, aquella cama estrecha, aquella mesa desvencijada, aquel armario que se abre solo, aquel cielo siempre encima, aquella portera siempre abajo, ¡oh! me sería insoportable. No quiero morir, y por consiguiente no quiero enterrarme.

—Entonces, dime, ¿qué piensas hacer de tu vida? porque sospecho que ha de ser cosa curiosa.

—Te lo diré: pienso sencillamente cruzarme de brazos, erguir la cabeza, sonreír de la manera más graciosa que me sea posible, y dejarme llevar por la corriente del mundo, que me arrastra. Pienso en las satisfacciones de la opulencia, en los placeres del fausto; pienso en cubrir con todos los esplendores del lujo el sepulcro de mi corazón; quiero, en fin, ser un cadáver suntuoso, que atraiga sobre sí las miradas de las gentes, que despierte la envidia de los que me adulen, y que haga exclamar á la multitud, que no ve más que la superficie brillante de las cosas: «¡Qué dichoso! ése goza, ése vive, para ése se ha hecho el mundo.» Quiero ser Pericles, Sardanápalo, Lúculo. Todo eso junto. ¿Te parece poco?

—Me parece bastante. Tal vez demasiado, no porque tú no merezcas todo eso, sino porque, ya se ve, es una diablura que te se ocurra todo eso..... hoy..... hoy, que por una fatal combinacion de las circunstancias